

PARTE PRIMERA.

LAS CUATRO PRIMERAS EDADES DE LA IGLESIA.

CAPÍTULO I.

PRIMERA EDAD DE LA IGLESIA.

La primera edad de la Iglesia es representada en la primera Iglesia, en el primer sello, en la primera trompeta, y en la primera alabanza. Comprende los tiempos apostólicos, desde el nacimiento de N. S. Jesucristo, hasta la primera persecución pagana, bajo el cetro de Nerón (1).

ARTÍCULO I.

Ocupa el lugar preferente la Iglesia de Efeso; su nombre y su historia acreditan, que en ella se contiene la de la predicación y del establecimiento del Cristianismo.

I. El nombre de *Efeso* derivase de una palabra griega, que significa *protesta*, *apelación de un fallo ante otro tribunal*. Hemos recorrido el diccionario griego de Planche, y en ninguna de sus páginas hemos hallado, que esta palabra, en latín, ó en francés, se traduzca por *consejo*, *mi voluntad*, *gran caída*, como asegura Holzauzer (T. I, p. 85, Wuilleret). Tampoco sabemos adivinar, que especie de correlación podría existir entre estos últimos significados y la Iglesia de Efeso, que el piadoso intérprete considera, como nosotros, comprendida en la primera edad de la Iglesia universal; mientras que el sentido, que nuestras investigaciones nos han permitido darle más arriba, se armoni-

(1) Sic Holzauzer, tom. 1.º, pág. 82 á 105, trad. de Wuilleret.

Efeso y el de sus predicadores, están destinados á designar los tiempos Apostólicos, ó sea, la primera edad de la Iglesia universal.

II. La historia de esa Iglesia, tal como fué escrita por San Juan, y tal como nosotros la conocemos por otros documentos respetables, nos conduce á la misma consecuencia.

Los versículos 2 á 5 del cap. II del Apocalypsi, pintan con toda exactitud los trabajos extraordinarios, y la paciencia sobrehumana de los Apóstoles, que, á pesar de su reducido número, evangelizaban, á la vez, las Galias, la España, la Italia, la Grecia, el Asia Menor, la Siria, la Palestina, el Egipto, la Etiopía, la Arabia, la Persia, las Indias, y hasta la Tartaria: (*Scio opera tua et laborem et patientiam tuam, v. 2, et patientiam habes, et sustinuiti propter nomen meum, et non defecisti, v. 3.*) (1), que arrojaban los espíritus infernales de los cuerpos de los energúmenos, y no podían suportar á los malos. (*Et non potuisti sustinere malos, v. 2.*) Pero, dos pasajes muy señalados, denotan, en la Iglesia de Efeso, la primera edad de la Iglesia: el uno, nos pone á la vista á los doce pescadores de la Galilea, examinando, y rechazando, á los que, como ellos, pretendían pasar, no siéndolo en realidad, por Apóstoles de N. S. Jesucristo, entre los cuales se distingue Simon Magó: (*Et tentasti eos, qui se dicunt Apóstolos esse et non sunt, et inveniisti eos mendaces, v. 2.*) (3). El otro, los presenta detestando y condenando los actos de los Nicolaitas, los primeros herejes que aparecieron en tiempo de los Apóstoles; y se cree, que tomaron aquella denominación, por ser el nombre de otro de los siete primeros Diácoros; aun cuando todas las probabilidades concurren en favor de la opinión, que sostiene, que el Diácono Nicolas nunca compartió sus errores: (*Sed hoc habes, quia odisti facta Nicolaitarum, quia et ego odi, v. 6.*) (4).

(1) Conozco tus obras y tus trabajos y tu paciencia... y que tienes paciencia y has padecido por mi nombre, y no desmayaste.

(2) Y que no puedes sufrir á los malos.

(3) Y que has examinado á los que dicen ser Apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos.

(4) Pero tienes esto de bueno, que aborreces las acciones de los Nicolaitas, que yo tambien aborrezco.

Harto verdad es, que se entibió el primitivo fervor: *Sed habeo aduersus te, quod charitatem tuam primam reliquisti, v. 4.* (1). Aun el mismo san Pedro, abandonó furtivamente á Roma con el objeto de sustraerse á la persecución; y á tal punto habia decaído su valor, que para obligarle á regresar á su puesto, hubo de atajarle el paso su divino Maestro, en actitud de dirigirse á ser crucificado segunda vez en lugar de su Vicario, que huía. Con no menor justicia que verdad, pudo, pues, Dios, dirigir á los primeros Cristianos la siguiente reprobación: *Memor esto itaque undé excideris: et age penitentiam, et prima opera fac. Sin autem, venio tibi, et movebo candelabrum tuum de loco suo, nisi penitentiam egeris, v. 5.* (2).

La recompensa que el Salvador otorga al vencedor, en la época de esa Iglesia, está igualmente en la predicación con la primicia de fecha que le está señalada. Consiste esta recompensa, en alimentarse con el fruto del Arbol de la vida: *Vincenti dabo edere de ligno vitæ, quod est in paradiso Dei mei, v. 7.* (3). Cuatro mil años habian discurrido desde que el hombre, echado del paraíso terrenal, habia dejado de alimentarse del fruto del Arbol de la vida; el cieno de la tierra constituía su único pasto. Déjase ver el Redentor prometido, y, desde luego, da en mas excelente forma á la prole de Adán el fruto de aquel Arbol. Este fruto no será, en lo sucesivo, un producto de la tierra: sino el mismo Salvador, que, habiéndose dado al linaje humano por su encarnación, y por su muerte, se entrega despues á cada uno de nosotros en el banquete eucarístico, rehabilita al hombre degradado, y le coloca en un lugar mas elevado del que el pecado le derribó, superior al paraíso terrenal; y le eleva hasta la misma Divinidad, hasta á Dios, que se complace en ser su Padre (*Pater noster, qui est in celis*). No ignoramos, que esa maravillosa rehabilitación no ha de suspenderse, en tanto que dure la Iglesia; pero, no es ménos positivo, que se inició en

(1) Pero contra tí tengo, que has perdido el fervor de tu primera caridad.

(2) Por tanto, acuérdate del estado de donde has caído: y arrepiéntete y vuelve á la predicación de las primeras obras; porque si no, voy á tí, y moveré tu candelero de su sitio, si no hicieres penitencia.

(3) Al que venciere, yo le daré á comer del árbol de la vida.

la primera edad, que fué la primera Iglesia la que recibió esta gracia, la que la publicó, la proclamó y transmitió á las subsiguientes edades.

Es, pues, evidente, que nada hay en los textos relativos á la primera Iglesia, ni en su historia, que impida colocarla en la primera edad del Cristianismo; muy al contrario; todo nos autoriza á hacerlo.

ARTÍCULO II.

Siendo, pues, indudable, que la primera edad del Cristianismo, fué la de su establecimiento, de su propagacion, y de su triunfo sobre el demonio, sobre los errores y las pasiones; debemos naturalmente unirle al primer sello, á cuya apertura aparece un caballo blanco, cuyo ginete tiene en su mano un arco; quien, ya vencedor, se adelanta y corre tras nuevas victorias; porque, de una parte, el color Blanco es el emblema del bien, del Cielo, de Dios, conforme lo hemos observado en el § V de la Introducción; y por otra, este ginete simboliza evidentemente á N. S. Jesucristo, quien, habiendo ya triunfado del pecado y de la muerte por su resurreccion, sigue adelante en su rápida carrera, para someter el mundo entero á su ley. *Et vidi quòd aperuisset unum de septem sigillis, et audivit unum de quatuor animalibus, dicens, tamquam vocem intrinseci: Veni et vide. Et vidi et ecce equus albus, et qui sedebat super illum habebat arcum, et data est ei corona, et exivit vincens ut vinceret (1).* Apoc. vi, 1 et 2. Díesele una corona al personaje que montaba el caballo, y N. S. Jesucristo ha sido realmente constituido Rey del universo por su Padre celestial. *Ego autem constitutus sum Rex ab eo super Sion mortem sanctum ejus, prædicans præceptum ejus. Dominus dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodiè genui te. Potulus à me, et dabo tibi gentes hereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terræ.*

(1) Y yo ví como el Cordero abrió el primero de los siete sellos, y oí al primero de los cuatro animales, que decía con voz como de trueno: Ven y vé. Yo miré: y hé ahí un caballo blanco, y el que le montaba tenía un arco, y díesele una corona, y salió victorioso para continuar las victorias.

Reges eos in virgâ ferrea, et tamquam vas signi confringes eos. PSALM. II, 6, 7, 8, 9, (1).

ARTÍCULO III.

Con la primera edad de la Iglesia, concuerda tambien el primer Angel, que toca la trompeta, y el cual es, por cierto, muy distinto del que derrama sobre la tierra todas las plagas, que contiene la primera copa; toda vez, que aquellas plagas son las de los últimos tiempos. [*Plagas novissimas*, Apoc. xv, 1.]

Al sonido de esta trompeta, cae del cielo pedrisco y fuego mezclado con sangre. Ese fuego baja sobre la tierra, consume la tercera parte de ella; la tercera parte de los árboles, y toda la yerba verde. [*Et primus Angelus tubâ cecinit, et facta est grandis et ignis mixta in sanguine, et missus est in terram, et tertia pars terræ combusta est, et tertia pars arborum concremata est, et omne fœnum viride combustum est.* Ius. viii, 7.] (2).

El pedrisco y el fuego mezclado con sangre, representan las persecuciones de los Judios contra los primeros Cristianos. Inaugurada despues de la descension del Espíritu Santo, prolongáronse hasta el principio de las persecuciones del imperio Romano, que las primeras suscitaron. La rabia y el encarnizamiento, que enardecian al pueblo deicida, no pueden representarse mejor que por el fuego. [*Saulus autem spirans minarum et cædis in discipulos Domini, accessit ad Principem sacerdotum, et petiit ab eo epistolas in Damascum ad synagogas, ut si quos invenisset hujus via viros et mulieres, vinculos perduceret in Jerusalem.* ACT. APOST. ix, 1, 2.] (3). El granizo figura los encarce-

(1) Yo he sido constituido por él rey sobre Sion, el monte santo, en el que predico su ley. El Señor me ha dicho: «Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Píteme, y te daré las naciones por herencia, y por dominios toda la tierra. Tú las gobernarás con una vara de hierro, y tú las quebrantarás como el vaso de alfarero.

(2) Tocó el primer Angel la trompeta, y formó una tempestad de granizo, y fuego, mezclados con sangre, y descarró sobre la tierra, con lo que la tercera parte de la tierra se abrasó, y con ella se quemó toda la tercera parte de los árboles, y toda la yerba verde.

(3) Saulo, respirando amenazas y coraje contra los discipulos del Señor, acercóse al Príncipe de los Sacerdotes y le pidió letras para las Sinagogas

lamientos, las confiscaciones, el destierro, los azotes y demás tormentos de toda especie, con que la Sinagoga castigaba á los discípulos del Crucificado, á quienes no quitaba la vida; y la sangre es el símbolo de los mártires, cuyas primicias fueron San Estéban, y Santiago el Mayor.

Esta persecucion, fué ménos vasta que las que mas tarde ordenaron los emperadores romanos, porque la autoridad de los Judios estaba circunscrita á las fronteras de la Judea, y era todavia escaso el número de los hijos de la Iglesia; sin embargo, extendióse la persecucion á toda la Palestina, que es la tierra de que habla san Juan: en sus rigores fueron envueltos los simples fieles, que se designan por todo lo que esta verde, y tiene la vida del alma; no ménos que los Apóstoles y ministros, que vienen anunciados bajo el nombre de árboles, que dominan la yerba de los campos; y fué tan cruel, que acabó con la tercera parte de la tierra, de las yerbas verdes y de los árboles.

ARTÍCULO IV.

Con la primera edad de la Iglesia, se enlaza la primera alabanza (*virtutem*, v. 12). Mucho valor se necesitó, en efecto, una virtud grande, para acometer y realizar la conquista de un mundo, tan abiertamente hostil á la verdad y á la virtud.

ARTÍCULO V.

El venerable Holzauser opina, como nos otros, que la Iglesia de Ereso representa la primera edad de la Iglesia universal, desde N. S. J. C., hasta Neron. Tambien está conforme, en que el ginete, que aparece á la apertura del primer sello, no es otro que el mismo Salvador (Tom. I, página 267, Wuilleret); pero sostiene, que el heresiarca Arrio es el figurado por el Angel que toca la trompeta, (T. I, páginas 332 á 335, Wuilleret); pues no ve en esos siete Angeles sino las herejías. Su opinion, en este punto, dista mucho de la nuestra; no es este el lugar de discutirlo, lo haremos mas adelante, cuando tratemos de probar, que Arrio pareció al sonar la tercera trom-

pe de Damasco, á fin de que, si encontraba hombres ó mujeres de esta secta, pudiese conducirlos presos á Jerusalem.

peta, y no ánes, y que, por consiguiente, no pudo presentarse en escena al sonido de la primera.

CAPÍTULO II.

SEGUNDA EDAD DE LA IGLESIA.

I. La Iglesia de Smirna, la segunda en el órden numérico, como igualmente el segundo sello, la segunda trompeta y la segunda alabanza, figuran la segunda edad de la Iglesia, que comprende el periodo todo de las persecuciones de Roma pagana, desde el primer decreto de Neron, hasta su fin, bajo el imperio de Constantino el Grande. (1).

ARTÍCULO I.

La segunda Iglesia, así en su nombre como en su historia, designa la segunda edad.

I. El nombre de Smirna, ó *Esmirna*, significa *mirra*, y la *mirra* es el simbolo de la mortificacion, del padecimiento, y del sacrificio; así lo asegura el mismo Holzauser, (T. I. p. 409, Wuilleret). Este nombre adoptase, pues, perfectamente á una época, que cuenta doscientos años de persecuciones.

II. La historia que de esta Iglesia traza San Juan, se armoniza con el tiempo y la duracion que le señalamos.

En ella, Jesucristo se aparece, y habla como habiendo sido muerto, y vuelto á la vida (*qui fuit mortuus et vivit*, Apocalypsi II, 8), á fin de que, la consoladora perspectiva de una vida nueva é inmortal, comunicára á sus discipulos valor para arrostrar el martirio. Con decirles, que él es el primero y el último (*primus et novissimus*, v. 8), les anuncia su segunda venida; puesto que, prometido al principio de los tiempos, vendrá al fin de esos mismos tiempos para juzgar al mundo; les da á entender, que los hombres, que son pecadores, y, por consiguiente, los últimos, deben padecer y ser humillados, toda vez que él, siendo sin contestacion el primero, se ha

(1) Así Holzauser, Tom. I, páginas 108 á 118, Wuilleret.

anodado, y ha sido tratado cual si fuese el postrero; y con derecho indisputable, por fin, toma la actitud de Criador, á quien todo pertenece, por quien todo ha sido hecho, y en quien definitivamente todo debe dirigirse y terminarse.

Pasando, en seguida, á describir los acontecimientos que han de caracterizar esta edad, no menos que el estado de la Iglesia durante esos siglos de prueba; dice, que conoce su tribulación, y su pobreza, bajo el punto de vista humano; pero que, en la presencia de Dios, es realmente rica, por su fervor y su celo. [*Scio tribulationem tuam et pauperitatem tuam, sed dives es, v. 9.*] La exhorta á no temer las tribulaciones que se le preparan [*Nihil horum timeas, quæ passurus es, v. 10*]; le advierte, que el Diablo, que por cierto no había sido aún encadenado, según lo dejamos señalado en el § VI de nuestra Introducción, meterá en la cárcel á algunos fieles para tentarlos [*Eccc misurus est Diabolus aliquos ex vobis in carcerem ut tentemini v. 10*]; le recomienda, que permanezca fiel hasta la muerte, porque no ha de contentarse con menos la prueba que de su fe se exige [*Esto fidelis usque ad mortem, v. 11*]; en cambio, le promete la corona de la verdadera vida, de la vida eterna [*Et dabo tibi coronam vitam, v. 10*].

Añade, además, que el que por medio de la muerte del cuerpo consiguiere semejante victoria, no será dañado por la segunda muerte, que es la condenación del cuerpo y del alma en el juicio final. [*Qui vincit non hædetur á morte secunda, v. 11*]. Y para convencernos de que esta Iglesia representa el tiempo de las persecuciones, deja consignado el número preciso de ellas, que ascendía verdaderamente á diez, por haber sido otros tantos los Edictos de los emperadores que las motivaron [*Et habitabis tribulationem diebus decem, v. 10*] (1); Y, por último, señala la causa real é histórica que las dió origen, esto es: el odio de los Judíos, quienes después de haber perseguido á los Cristianos en la primera edad, armaron contra ellos á los paganos, que habían colocado á Jesucristo en el número de sus dioses. [*Et blasphemaris ab his, qui se dicunt Judæos esse et non sunt, sed sunt synagoga Satanae, v. 9*]. (2).

(1) Y seréis atribulados por diez días.

(2) Y que eres blasfemado de los que se llaman

ARTÍCULO II.

A esta segunda edad corresponde el segundo sello, á cuya apertura aparece un caballo bermejo ó rojo, y al que le monta, se le concede una grande espada, y el poder de desterrar la paz de la tierra, y de hacer que los hombres se maten unos á otros. [*Et cum aperisset sigillum secundum, audivi secundum animal dicens: Veni et vide; et exivit alius equus rufus, et qui sedebat super illum, datum est ei ut sumeret pacem de terrâ, et ut invicem se interficerent, et datus est ei gladius magnus. Apoc. VI, 3 et 4.*] (1). Con dificultad pudiera darse de las persecuciones del paganismos un cuadro más acabado. El texto, ni siquiera tiene necesidad de ser comentado; se basta á sí mismo; y basta para justificar nuestros asertos.

Conviene, en parte con nosotros, el venerable Holzauser (T. I, pág. 270 á 273, WÜLLERET). Ve claramente en este sello, la persecución de Nerón; pero nosotros creemos, que en él están comprendidas todas las persecuciones, desde Nerón, hasta Constantino. Diferimos su refutación para cuando demostráremos, que los subsiguientes sellos indican acontecimientos de muy diferente índole; y nos concretaremos á preguntar, ¿por qué Holzauser, descubriendo las persecuciones en los seis últimos sellos, únicamente ve en el primero, al mismo N. S. Jesucristo? Si los sellos indican las persecuciones, ¿por qué niega al primero esta significación? Si el primer sello se diferencia de los demás, ¿qué razón hay para que los demás no se diferencien entre sí? ¿Acaso la diversidad de los colores y de los sucesos, no arguye diferencias esenciales en los objetos figurados?

ARTÍCULO III.

También se refiere á la misma segunda edad la segunda trompeta, á cuyo sonido

Judíos y no lo son, antes bien, son una synagoga de Sathanas.

(1) Y como hubiese abierto el segundo sello, o el segundo animal, que deata: Ven y verás: Y salió otro caballo bermejo; y al que lo montaba, se le concedió el poder de desterrar la paz de la tierra, y de hacer que los hombres se matasen unos á otros, y se le dió una grande espada.

CAPÍTULO III.

TERCERA EDAD DE LA IGLESIA.

Describe la tercera edad en la tercera Iglesia, en el tercer sello, la tercera trompeta, y la tercera alabanza. Esta edad se extiende, desde Constantino, hasta Carlomagno, y la desaparición de la herejía de los Iconoclastas (1).

ARTÍCULO I.

I. La tercera Iglesia, por su nombre y su historia, corresponde á esta edad.

Ha dicho Holzauser (T. I, p. 421, Wüллерet), que la palabra *Pérgamo*, denominación de esta Iglesia, significaba, que *divide los cuernos*; pero no nos parece menos infundada su opinión; porque por esta herejía no se derramó mucha sangre; herejía, que apenas tuviera importancia histórica, si no hubiese suministrado los elementos del gran cisma de Oriente; porque los moules, en el lenguaje apocalíptico, designan las potestades de la tierra, los poderes temporales (Apoc. XVII, 9); y, en fin, porque los herejes, que pertenecían al clero, son representados por las *estrellas*, que brillan en el firmamento, y caen sobre la tierra (ibidem VIII, 10. ix. 4). (2).

En *Pérgamo* fué donde para escribir, se empleó, por vez primera, el pergamino, llamado así del nombre de aquella ciudad; la Iglesia de *Pérgamo*, pues, puede representar la edad de la Escritura, esto es, la edad de los Concilios, de los Doctores, y de los Padres de la Iglesia; y, en efecto, la historia prueba, que no andamos desacertados.

II. Si del nombre de la Iglesia de *Pérgamo*, pasamos á la exposición, que de ella hace el mismo San Juan, conseguiremos fijar la época y la duración de la misma, conforme lo hemos dicho.

El que habla, tiene en la boca (Apoc. I, 16) una espada de dos filos; la espada de la palabra, y de la doctrina [*Hæc dicit qui habet rompham ex utraque parte acutam. Ibid. II, 42.*] (2).

El tiempo de que se trata, no es, pues, el de los emperadores romanos, que persiguieron á la Iglesia; mas, no obstante, cuéntanse en algunos mártires, y parti-

un gran monte, el Poder de los romanos, precipitase en el mar, es decir, sobre los cristianos regenerados por las aguas del bautismo, y derrama la sangre de la tercera parte de ellos, los cuales perecen; como igualmente muere la tercera parte de los sacerdotes, que, como naves, los conducían al puerto de salvación. [*Et cecidit Angelus tuba cecinit, et tamquam mons magnus igne ardens missus est in mare, et facta est tertia pars maris sanguis; et mortui est tertia pars creaturæ eorum quæ habebant animas in mari, et tertia pars natiuum interit. Apoc. VIII, 9.*] (1).

En la segunda trompeta, ha reconocido Holzauser al herejiarca Macedonio, patriarca de Constantinopla (T. I, pág. 335 á 338, Wüллерet); no nos extraña después de haber dicho, que la primera trompeta significaba á Arrio; pero no nos parece menos infundada su opinión; porque por esta herejía no se derramó mucha sangre; herejía, que apenas tuviera importancia histórica, si no hubiese suministrado los elementos del gran cisma de Oriente; porque los moules, en el lenguaje apocalíptico, designan las potestades de la tierra, los poderes temporales (Apoc. XVII, 9); y, en fin, porque los herejes, que pertenecían al clero, son representados por las *estrellas*, que brillan en el firmamento, y caen sobre la tierra (ibidem VIII, 10. ix. 4). (2).

ARTÍCULO IV.

La segunda alabanza *divinitatem*. (Apoc. V, 42), se refiere á la segunda edad. Por cierto, que si Jesucristo no hubiese sido Dios, y divina su religión, no hubiera podido resistir al furor de los emperadores romanos, que tanta sangre derramaron.

(1) El segundo Angel tocó también la trompeta, y se vio caer en el mar como un gran monte todo de fuego, y la tercera parte del mar se convirtió en sangre, y murió la tercera parte de las criaturas, que vivían en el mar, y pereció la tercera parte de las naves.

(2) Holzauser dice (T. I, p. 244, Wüллерet), que las estrellas son los obispos, prelados y doctores, que salieron de la verdadera Iglesia de Cristo. Luego, pag. 337, ve al emperador Valente, arriano, en la estrella que cae del cielo. Todo esto es contradictorio, y lo uno refuta lo otro.

(1) Así Holzauser, tom. I, pág. 118, Wüллерet. A esta edad le da el nombre de *edad de los doctores*.

(2) Non sic Holzauser, tom. I, pág. 122, Wüллерet.

cularmente, San Antipas, martirizado por los arrianos en Pérgamo (1). Satán, no encadenado aún en el fondo del abismo, está sentado en el trono; lo que puede aludir al reinado, aunque corto, del apóstata Juliano, ó á la dilatada serie de herejías, que, comenzando en Arrio, concluyeron en los Iconoclastas. (Scio ubi habitas, ubi sedes est Salama... Et in diebus illis Antipas testis meus fidelis, qui occisus est apud vos, ubi Salama habitat. *Ibid.* II, 13) (2). Arrio, atacó la divinidad de Jesucristo; Macedonio, la del Espíritu Santo; Pelagio, exageraba las fuerzas del hombre para el bien, y rechazaba la gracia. Nestorio, afirmó dos personas en Jesucristo, Eutiques, después de haberse distinguido en el Concilio de Efeso, por la violencia de sus argumentos contra los Nestorianos, acabó por sostener una sola naturaleza en el Redentor, como consecuencia de la unidad de su persona. Los Monotelitas, restos de la secta de Eutiques, se obstinaron en no reconocer en el *Nombre Dios* sino una sola voluntad; y el culto de la Cruz, y de los Santos, fué el blanco de las iras de los rompedores de imágenes. ¡Cuántos Concilios generales y provinciales, cuántas pastorales, cuántos escritos hubo de emplear la Iglesia, para combatir y anodar todas esas novedades! La atmósfera parecía impregnada de herejías: apenas destruida una, surgía otra; y, á veces, muchas á la vez. Con razón, pues, San Juan hace constar la existencia de todas esas falsas doctrinas. *Iñ habes et tu tenentes doctrinam Nicolaitarum* II, 15 (3); añadiendo en seguida: *Sed habeo adversus te pascua: quia habes tenentes doctrinam Balaam, qui docuit Balac mittere scandalum coram filiis Israël, edere et fornicari* (4); puesto que el error, no solo había envanecido los entendimientos, sino que había arrasado los corazones á la práctica de cuanto el libertinaje, la intemperancia y la

(1) Sic Holzauser, T. I, págs. 124-125.

(2) Bien sé, que habitas en un lugar donde Satanás tiene su asiento. Aún en aquellos días, en que Antipas, testigo mio fiel, fué martirizado entre vosotros, donde Satanás mora.

(3) Así tienes tú también á los que siguen la doctrina de los Nicolaitas.

(4) Sin embargo, algo tengo contra tí; y es que tienes ahí secuaces de la doctrina de Balaam, el cual enseñaba á Balac á poner escandalo á los hijos de Israel, para que cayesen en pecado, comiendo, y cometiendo la fornicación.

fornicación, espantosamente generalizadas, encierran de más degradante. Anticipábanse los vicios á la propagación de las herejías en sus autores, y se diseminaban entre todos sus adeptos, los cuales no abrazaban el error, sino para entregarse sin remordimiento á los más nefandos placeres.

No faltó la Iglesia á su celestial misión; ella persiguió y condenó el error bajo todas sus formas. Por medio de numerosos Concilios, conservó los dogmas cristianos; y no negó á Jesucristo, ni su fe, á pesar de las potestades de la tierra, que los atacaban; á los hombres extraviados no dejó de predicarles la penitencia; combatió con la espada de la palabra, y con la de la doctrina. *Similiter penitentiam ago: si quo minus veniam tibi cito, et pugnabo cum illis in gladio oris mei* (1); y en justo premio de su valor y de su fidelidad, mereció que su divino Fundador le honrase con este público testimonio: *Et tenes nomen meum et non negasti fidem meam.* *Ibid.* 13. (2).

La recompensa que Dios asegura al vencedor, se extiende á todo lo que de la edad tercera llevamos dicho. Esta recompensa es el *maná* de la verdad, de la virtud, y de la ciencia, que están ocultas á los hombres carnales y perdidos, y solo manifiestas á los humildes, que viven en Dios. *Vincenzi dabo manna absconditum.* *Ibid.* 17. Una vez más, sobre blanca piedra se halla escrito el nombre nuevo, que nadie, más que el que lo recibe, conoce; y que no sería extraño fuese el nombre de *Crístico*, que los fieles adoptaron entónces, para diferenciarse de los hereges, que se adornaban también con el de *Cristianos*: *Et dabo illi calculum candidum, et in calculo nomen novum scriptum, quod nemo scit, nisi qui accipit.* *Ibid.* 17. (3).

ARTÍCULO II.

A la tercera edad, corresponde el tercer sello: al abrirse éste, se deja ver un *caballo negro*, montado por un ginele, que tiene en su mano una balanza; y se oye cierta

(1) Por lo mismo, arrepíentete: cuando no, vendré á tí presto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca.

(2) Y mantienes, no obstante, mi nombre, y no has negado mi fe.

(3) Yo te daré una piedrecita blanca; y en ella esculpido un nombre nuevo, que nadie lo sabe, sino el que lo recibe.

voz, que sale de en medio de los cuatro animales, y que dice: Dos libras de trigo se venden por un denario, y dos libras de cebada, también por un denario... No hagáis daño alguno al vino, y al aceite. *Et cum aperisset sigillum tertium, audivi tertium animal dicens: Veni, et vide. Et ecce equus niger, et qui sedebat super illum habebat stateram in manu sua, et audivi tantquam vocem in medio quatuor animalium dicentium: Bilibris tritici denario, et tres bilibres ordet denario, et vinum et oleum ne laeseris.* (1) VI, 5 et 6.

Somos de parecer, que ese caballo negro, representa con toda propiedad las tinieblas de la herejía y la noche del error. El que en estas tinieblas se halla envuelto, no está muerto, porque tiene un principio de vida en las verdades que ha conservado; pero anda extraviado, ha perdido la brújula, ignora á donde se dirige, y corre á su perdición. La balanza, que en su mano tiene el ginele, así como el precio fijo y alzado de los artículos de primera necesidad para la vida, como son el trigo, y la cebada, indican perfectamente la hambre espiritual, que experimentó el mundo al aparecer aquella imponderable confusión, que coincidió con el hambre material, que en aquella época desoló la tierra á consecuencia de la irrupción de los Barbaros arrianos. Por otra parte, la recomendación que se hace, de no malogar el vino y el aceite, revela con bastante evidencia, que las demás cosechas quedaron muy mal paradas; pero, que el sacerdocio, simbolizado por el aceite, con el cual se unge al sacerdote y consagrarse los obispos, y que los verdaderos fieles, representados por el vino, no serán dañados por las herejías, que aparecerán, porque la Iglesia triunfará de todas ellas.

Segun Holzauser (T. I, pág. 273 á 277, Wullerel) el caballo negro, que describe san Juan, designa la guerra de los Judíos en tiempo de Vespasiano, y la destrucción de Jerusalem. En esta parte, se opone á todas las ideas generalmente admitidas. No

cabe duda; entre los expositores es cosa admitida, que el color negro representa el error, y el bermejo ó rojo, la guerra ó la persecución; luego, no puede el color negro significar la mortandad y la devastación de la metrópoli de la Judea.

ARTÍCULO III.

La tercera trompeta nos muestra una grande estrella, ardiente como inflamada tea, que vino del cielo á caer sobre la tercera parte de los rios y de los manantiales de las aguas. El nombre de la *estrella* es Agenjo; y conviérta en agenjo la tercera parte de las aguas, con lo que muchos hombres murieron á causa de las aguas, porque se hicieron amargas. *[Et tertius Angelus tubó cecinit; et cecidit de celo stella magna, ardens tamquam facula, et cecidit in tertiam partem fluminum, et in fontes aquarum. Et nomen stelle abysynthium, et facta est tertius pars aquarum in abysynthium, et multi homines mortui sunt de aquis, quia amara facte sunt.* *Apocal.* VIII, 10 et 11.)

A nuestro entender, esa estrella de grandes dimensiones, es el emblema de los numerosos y poderosos heresiarcas, de quienes hemos hablado, los cuales, habiendo salido todos de las filas del sacerdocio, son, por este motivo, representados por una *estrella*; y habiendo abrazado el error, cayeron del cielo (desde cuyas alturas alumbraban á los hombres) sobre la tierra, y todo lo que en ella se contiene.

Perniciosísimas fueron todas esas falsas doctrinas, que no solo sedujeron á personas particulares, sino que infestaron ciudades, provincias y naciones enteras (*In tertiam partem fluminum et in fontes aquarum*); formaron bandos, que se hacían mutuamente la guerra, asolando las comarcas. Los Barbaros del Norte, que habían abrazado el arrianismo, pasaron á fuego y á sangre el imperio Romano; y á las amarguras de una falsa doctrina, que precipitaba las almas en el infierno, vino á juntarse la amargura de las guerras, de la hambre, de la peste, y de toda suerte de males.

Holzauser vé figurados en la tercera trompeta, al monge Pelagio, y á su amigo Celestino (T. I, pág. 339 á 342); cree, pues, como nosotros, que los heresiarcas, que salen de las filas del clero, son figurados por una grande estrella; y en consecuencia, que

(1) Abierto que hubo el sello tercero, oí al tercer animal, que decía: Ven y verás. Y vi un caballo negro; y el que lo montaba, tenía una balanza en su mano. Y oí cierta voz en medio de los cuatro animales, que decía: Dos libras de trigo valdrán un denario, y seis libras de cebada á denario también; más al vino, y al aceite, no hagáis daño.

la caída de la estrella representa la de los sacerdotes; con esto viene a confesar, que andavo desaceratado cuando en la segunda trompeta, ó en el monte de grande magnitud (Aroc. viii, 8), ve figurado al patriarca Macedonio; y en la primera, al sacerdote Arrio.

ARTÍCULO IV.

A la tercera edad, corresponde la tercera alabanza (*sapientiam*, Aroc. v, 12). El error, la confusion, las tinieblas lo cubrían todo; nada ménos que la sabiduría eterna se necesitaba para medir toda su profundidad, denunciarlas, condenarlas, y salvar la verdad de en medio de ese diluvio de mentiras.

CAPÍTULO IV.

CUARTA EDAD DE LA IGLESIA.

La cuarta edad de la Iglesia, viene figurada en la cuarta Iglesia, en el cuarto sello, la cuarta trompeta, y la cuarta alabanza. Empezó en Carlomagno, y concluyó en Lutero. (1).

ARTÍCULO I.

I. El nombre y la historia de la cuarta Iglesia, le imprimen el carácter, y acreditan la época que le señalamos.

El nombre *Thyatira*, lleva consigo la idea de grandeza, de luz, de consagracion, de solemnidad; Holzauer le reconoce (T. I, p. 131). No hay que dudar, pues, de la coincidencia del nombre con el carácter real de esa edad media, tan calumniada en nuestro siglo, porque fué tan religiosa; y durante la cual, los Vicarios de nuestro divino Maestro reinaron, lo mismo sobre los reyes, que sobre los pueblos.

II. La historia de esta Iglesia está en armonía con su nombre.

Aparécese en ella N. S. Jesucristo, como Hijo de Dios, a quien han sido dadas en herencia todas las naciones de la tierra (*Et dabo tibi gentes hereditatem tuam*, Psal. li, 8.), como á Ray de los reyes, y Señor de los señores (*Rex regum et Dominus domi-*

(1) Sic Holzauer, Tom. I. pág. 191, Wulleret.

nantium, Aroc. xix, 16). Sus piés brillan como bronce fino, y sus ojos despiden rayos como llamas de fuego: *Hec dicit Filius Dei, qui habet oculos tanquam flammam ignis, et pedes ejus similes auricalcho*. Aroc. ii, 18. Todo en ella revela la soberanía y la dominacion; cosa que no habíamos observado en las edades anteriores: la caridad, la fe, el celo, la paciencia, y las obras admirables de esta Iglesia, las expresa San Juan con estas palabras: *Novi opera tua, et fidem et charitatem tuam, et opera tua novissima plura prioribus* (Aroc. ii, 19.) (1). Dividese luego esta Iglesia en dos partes, no sucesivas, sino simultáneas. Forman la primera, los partidarios de Jezabel, la grande pecadora de Oriente, de la cual tratase en el cap. XI, v. 20 á 23; y la segunda, se compone de los que no se separan de *Thyatira*, que permanecen adictos á la Tiara, a la triple corona del Vicario de N. S. J. C., y á la cual se alude en el mismo capítulo, v. 24 á 29.

De una sola falta reprende á esta Iglesia el Maestro, y es, la de tolerar que la mujer Jezabel, que usurpa el título de profetisa, enseñe y seduzca á sus servidores, induciéndolos á la fornicacion, y á la comida de las viandas consagradas á los ídolos. (*Sed habeo adversus te pauca: quia permittis mulierem Jezabel, quae se dicit prophetem, docere et seducere servos meos, fornicari, et manducare de idololatriis*. Aroc. ii, 20).

III. ¿Cuál es esta Jezabel? ¿Quiénes son los que ella seduce y arrastra al pecado? Creemos, y Holzauer es del mismo parecer, T. I, pág. 136 á 143, que esta mujer representa á la Iglesia griega cismática, é igualmente á todos los miembros de la Iglesia latina, que se revelaron contra Roma y contra los príncipes de la tierra: como los Valdenses, los Albigeneses, los Welfelitas, Juan Hus, y otros, que prepararon el camino á Lutero, y á Calvino, y á esa nube de langostas dañinas, que, en el siglo XVI, se precipitó sobre la Iglesia occidental.

La Iglesia griega, con su cisma, y las consecuencias que éste produjo, ha realizado todo cuanto de Jeroboj se dice en el Apocalypsi. Ella pretendia poseer el don de

(1) Yo conozco tus obras, tu fe, tu caridad, tu celo, tu paciencia, y tus últimas obras, más abundantes que las primeras.

profecía, es decir: hablar en nombre de Jesucristo, en nombre de Dios; sin que para ello tuviera ningun derecho, ninguna calidad, ningun título. Con sus enseñanzas erróneas, extravió á los pueblos; con sus arterias, los sedujo. Arrastró á la fornicacion á sus sectarios, envileciéndolos, hasta el punto de hacerles comer viandas consagradas á los ídolos.

Se le concedió largo tiempo para que pudiera arrepentirse y hacer penitencia. *Et dedit illi tempus ut penitentiam ageret*, (Aroc. ii, 21). Desde Focio, que fué el que levantó el estandarte del cisma, hasta Miguel Cerulario, que lo consumió, trascurrióse más de un siglo. Desde éste, á la esclavitud de la Iglesia de Oriente, bajo la dominacion de los Turcos, mediaron cuatro siglos; sin embargo, en tan dilatado periodo no quiso arrepentirse, y prefirió el ominoso yugo de la infidelidad y de la muerte, al yugo tan suave como paternal del Vicario de Jesucristo: *Et non vult penitere à fornicationis suae*, *lib. 21. (4)*.

Entonces sintió aquella Iglesia impenitente todo el peso de la cólera divina. El brazo de Dios la redujo á una cama: (*Ecce mittam eam in lectum*, *lib. v. 22*), es decir, que la despojó de su voluntad, de su libertad, y de su poder, sujetándola al bárbaro y ferreo poder de los hijos de Mahoma, preferidos por ella, á la Iglesia romana. Castigó á los cómplices de su nefando crimen con toda clase de tribulaciones, porque, imitando su depravado ejemplo, rehusaron hacer penitencia (*Et qui machantur cum eá, in tribulatione maxima erunt, nisi penitentiam ab operibus suis egerint*, *lib. v. 22*). (2). Ni aun con esto dióse por satisfecha la indignacion del cielo; entregó, además, á la muerte espiritual, los hijos de esta Iglesia, que, desde su mas tierna infancia, fueron arrancados del seno de sus madres por sus feroces conquistadores, para hacer de ellos sus genzarros, sus soldados, y los más firmes defensores del Islamismo, que es la muerte

(1) Y ella no quiere arrepentirse de su fornicacion. Sic Holzauer, Tom. I, pág. 140 et sig. Wulleret.

(2) Yo la voy á reducir á una cama: y los que adulteran con ella, se verán en grandísima afliccion, si no hicieran penitencia de sus perversas obras.

del alma (*Et filios ejus interficiam morte*, *lib. v. 23*). (1).

Al castigar con tanta severidad la criminal defecion de la Iglesia griega, la justicia divina no quiere que se ignoren los motivos de sus rigores. Las Iglesias todas, dice el texto sagrado, sabrán por este castigo, que Dios escudriña hasta lo mas recóndito de nuestros corazones, y dá á cada cual su merecido (*Et sciet omnes ecclesiae, quia ego sum scrutans renes et corda; et dabo unicuique vestrum secundum opera sua*, *lib. v. 23*). Si el Señor rechazó á estos cismáticos, fué á causa de la perversidad de sus pensamientos, y de la corrupcion de sus corazones; si les sometió al Turco, fué por sus obras detestables; y la historia contemporánea demuestra los vicios y la gangrena de los cristianos Orientales, que se han degradado, más aún, que los mismos Musulmanes, por su doblez; constituyendo, en pleno siglo XIX, uno de los pueblos mas bárbaros; pues, son los solos que en el mundo se entregan á la piratería.

IV. Otro es el lenguaje que dirige Dios á la Iglesia latina, á la de Occidente, á los cristianos, que en las otras partes de la tierra le han permanecido fieles, y, generalmente, á todos los hombres, que no han adoptado estos errores, ni conocido las honduras de Satanás. Les promete, al contrario, que no echará sobre ellos otra carga (*Vobis autem dico, et ceteris qui Thyatira estis: quicumque non habent doctrinam hanc, et non cognoverunt altitudines Satanae, quemadmodum dicunt, et non mittam super vos altum pondus*, *lib. 23 et 24*). Con todo, hace depender esta concesion de su fidelidad en guardar bien aquello que tienen recibido, hasta que él venga (*Yamen id quod habetis, tenete donec veniam*, *lib. 25*). Y, en fin, á los fieles y vencedores les promete, en recompensa, darles autoridad sobre las naciones; y darles, además, el luero de la mañana (*Et qui vicierit et custodierit usque in finem opera mea, dabo illi potestatem super gentes, et reget eos in virga ferrea; et tanquam vas figuli confringentur, sicut et Ego accipi à Patre meo: et dabo illi stellam matutinam*, *lib. 26, 27 et 28*). (2).

(1) Y á sus hijos y secuaces entregaré á la muerte.

(2) Y al que hubiere vencido, y observado has-

¿Cuál es esta estrella de la mañana? ¿Qué potestad es esa, que se promete sobre las naciones? La *Estrella de la mañana* (*Stella matutina*, Lin. v.) es María; pues, en la cuarta edad, y en el tiempo que le señalamos, San Anselmo, San Bernardo, San Buenaventura, Santo Domingo, establecieron de un modo particular y propagaron extraordinariamente, la devoción á la Virgen Santísima, y al Rosario, que, con más eficacia que los ejércitos de Simón de Montfort, triunfó de los Albigeneses. *Esta potestad*, es la supremacía de los soberanos Pontífices sobre todos los monarcas y los pueblos, que les constituía padres de la inmensa familia cristiana, cuyos hijos mayores eran los príncipes.

En orden á las promesas, que Dios hace á esta Iglesia, nos permitiremos dos observaciones: la primera, que la potestad sobre las naciones, no ha sido más que parcial, y únicamente ejercida en Europa, sin extenderse al resto del mundo, durante la edad media: la segunda, que la devoción y el culto de hiperdulia, tributado á la Virgen María, aunque se difundió mucho en la cuarta edad, no obstante, no ha alcanzado su entero desarrollo hasta nuestros días, por los prodigios sin cuento, que han manifestado la omnipotencia de la mediación de la Madre del Redentor; por los grandes testimonios de bondad y de protección, que María se ha dignado dispensar á los mortales; y, en fin, por la proclamación del dogma de su Concepción Imaculada.

La infeliz Iglesia de *Sardis*, no dió á la Iglesia la potestad completa sobre las naciones: ni estableció, hasta los confines del órbita, el reino de Jesucristo sobre la tierra (*Adveniat regnum tuum*): muy al contrario, trató de avasallar la religión; la torturó, la persiguió, la despojó, sedujo un número considerable de fieles, y no pocos de sus sacerdotes; y lejos de extender el culto de María, se opuso á sus progresos; y retardó, por espacio de dos siglos, la proclamación del más bello de los privilegios, que ensaltecen á la Madre de Dios.

Las promesas, pues, hechas en la cuarta

ta el fin mis obras, yo le daré autoridad sobre las naciones, y regirlas há con vara de hierro, y serán desmenuzadas como vaso de alfarero, conforme al poder que yo tengo recibido de mi Padre: daréle también el lucero de la mañana.

edad, no se cumplirán hasta la sexta, que tributará éste sublime homenaje á nuestra tierna Madre, y extenderá por todas partes el reino de Jesucristo.

Nuestra opinion sobre estos dos puntos, es la misma de Holzauner, como podrá cualquiera convencerse de ello, leyendo las páginas 148 á 151 del tomo I de la traducción de Waillet; pero, su comentario no es tan extenso como el nuestro.

ARTICULO II.

A la cuarta Iglesia, que es la de *Thyatira*, corresponde el cuarto sello (Apcat. vi, 7 et 8); abierto el cual, se deja ver un caballo pálido, cuyo ginete liene por nombre *Muerte*, y aparece bajo la forma de un esqueleto. Le sigue el infierno, y se le da potestad para matar á cuchillo, con hambre, con mortandad, y por medio de las fieras de la tierra: *Et cum aperuisset signillum quartum, audivi vocem quarti animalis, dicentis: Veni et vide. Et ecce equus pallidus: et qui sedebat super illum, nomen illi Mors, et infernus sequebatur eum, et data est illi potestas super quatuor partes terræ, interficere gladio, fame, et morte, et bestis terræ.* VI, 7 et 8.

Si el caballo blanco figura la conquista del mundo por Jesucristo; si el caballo hermeo indica las persecuciones: si el negro representa las heregias; no cabe duda, que el color pálido ó cadavérico, ó sea la muerte, figura la infidelidad, que es la muerte espiritual, completa, que hace de los que la abrazan, como otros tantos esqueletos: por cuyo motivo, creemos, que el caballo y el ginete del sello cuarto, representan el Mahometismo, y, muy particularmente, el imperio Turco.

Mahoma apareció en el siglo vii, poco ántes de terminar la edad tercera, y sus conquistas fueron extraordinarias. Sus primeros sucesores reinaron sobre la Arabia, el Egipto, el Africa del norte, la Palestina, y la Persia: invadieron una parte de la España, atacaron las Galias; pero, en cuanto al imperio de Oriente, contentaronse con desmoronarlo, sin destruir su integridad.

A la cuarta edad, los Turcomanos, salidos de la Tartaria Asiática, subyugaron á los Sarracenos, los cuales eran otros Tartaros, que habían impuesto su yugo á los Arabes, á quienes únicamente dejaron el

el caballo pálido y su ginete, que es la muerte, ve figurada la persecucion del emperador Dominiciano (Tom. I, pág. 279, Waillet). Nosotros insistimos en nuestra opinion; el lector juzgará cual debe preferirse.

ARTICULO III.

A esta cuarta edad se refiere la cuarta trompeta, á cuyo sonido quedó herida de tinieblas la tercera parte del sol, ó sea, de la verdad; la tercera parte de la luna, esto es, de los pueblos que reciben la luz del sol de Justicia; la tercera parte de las estrellas, ó sea, de los obispos y de los sacerdotes de la Iglesia griega, que, á corta diferencia, constitua la tercera parte de la Iglesia universal: el resultado de esta herida, fué la oscuridad, que se extendió sobre gran número de comarcas: el dia perdió la tercera parte de su claridad, y lo propio aconteció á la noche (*Et quartus angelus tubó cecinit, et percussa est tertia pars solis, et tertia pars lune, et tertia pars stellarum, ita ut obscuraretur tertia pars eorum, et dies non lucretur pars tertia, et noctis similiter.* Apcat. viii, 12).

ARTICULO IV.

La cuarta alabanza, la fuerza (*Fortitudinem*, Isai. v, 12), concuerda con la cuarta edad, que ha visto comenzar y subsistir, en toda su grandeza, el reinado moral de la Iglesia sobre los reyes y los pueblos de Europa, no ménos que su independencia temporal.

Egipto y la Arabia, que más tarde les arrebató Selim. Adelantáronse los Turcomanos hasta el interior del imperio griego, apoderáronse de toda el Asia menor, de la Grecia, de lo que se llama Turquía europea; y, á la fin de esta edad, en el año 1453, se hicieron dueños de Constantinopla, fundando el más dilatado imperio que nunca se hubiese conocido; puesto que el Mahometismo, se extendió por todos los países del Africa, por la Arabia, la Siria, la Palestina, la Mesopotamia, la Circasia, la Armenia, la Persia, las dos Tartarias, la India, la Indo-China, las islas de la Sonda, el Asia Menor, el antiguo reino de Macedonia y de Grecia, y hasta el mediodía de la Rusia europea; de modo, que dominaba sobre las cuatro partes del globo terráqueo, es decir: al ésto, al sud, al norte y al occidente de Jerusalem, que es el centro, y el ombligo (1) del mundo, el lugar donde se ofreció el gran sacrificio.

Los estragos causados por estos infieles, los asesinatos que han cometido, exceden á toda ponderación. Su ley era la fuerza y la cimitarra; y la seguían ciegamente. Para ellos, las crueldades eran actos religiosos, que les aseguraban la felicidad eterna; y acuchillaban á cuantos se negaban á profesar sus ensueños. Con este motivo, las apostasias fueron numerosísimas; y estos infieles hicieron cuanto de ellos dijo San Juan, en el ver. 9 del cap. VI del Apocalipsis.

Holzauner difiere de nuestra opinion, pues

(1) Ut diripiis spolia, et invadas pradam, ut inferas manum tuam super eos, qui deserti fuerunt, et postea restitui, et super populum, qui est congregatus ex gentibus, qui possidere cepit, et esse habitator umbilici terre.